

LAS AFINIDADES ESPACIALES
EN SUS RELECTURAS DE LA HISTORIA

CARRIÓN, Jorge, *Viaje contra espacio. Goytisolo y W. G. Sebald*, Madrid/
Frankfurt am Main, Iberoamericana/Ver-
vuert (col. Nuevos hispanismos), 2009.

Poco importaría subrayar que el presente libro se origina en una tesis doctoral, si no fuera porque en él hallamos aquello que se supone debieran ofrecer los trabajos académicos, a

saber una *tesis*, una propuesta teórica cuya ejemplificación, a través de la obra de los dos autores estudiados, permite mostrar toda su potencial riqueza, y así nos incita a prolongar y aplicar su mirada en diversos relatos y visiones del viaje en nuestra era global. En buena medida, como apunta el autor, la representación del viaje y la identidad o postura del viajero siguen deudoras de algunos espejismos de la modernidad, que al amparo de Paul Bowles y su «cielo protector», contraponen la figura aristocrática del viajero a la experiencia del turismo de masas, en una suerte de perpetuo agotamiento o aporía de sus horizontes de representación. Por ello, resulta muy acertado recordar que uno de los primeros viajeros globales, como el Phileas Fogg de Julio Verne, se mueve en un espacio completamente mercantilizado donde el tiempo se antoja una cuestión crucial. Si todo espacio se construye como un sistema de signos, se torna entonces secundario postular una suerte de autenticidad que desentrañe su realidad profunda, como el espejismo de la región «trasera» en la que, siguiendo una distinción de Goffman que retoma MacCannell en su libro *El turista*, anhela penetrar todo viajero en busca de encuentros «verdaderos».

Escribe Carrión que «en la posmodernidad, la forma del relato de viajes no viene dada. Encontrarla es una agonía: un conflicto» (24). Sobreponiéndose a las letanías acerca de la imposibilidad del viaje, el libro introduce una polaridad entre lo que llama viajeros pro-espaciales y viaje-

ros contra-espaciales. En este sentido, el viaje contra-espacial no consiste en una negación del espacio, sino más bien en la reescritura de toda una cartografía heredada, y se nos muestra como un palimpsesto (un metaviaje), entregado a la subversión de todas las connotaciones que impregnan nuestra visión de los lugares. Con esta perspectiva se cierra el primer capítulo del estudio, «Retrato robot del viajero posmoderno», que no solamente constituye una introducción al análisis de los autores, sino que actúa como un breve marco destinado a acotar su terreno de análisis desde la amplitud y el dominio del paisaje en que se ubica.

Tras este efecto de *zoom* o teleobjetivo, el cuerpo central del libro o segundo capítulo se dedica a la contraposición del concepto del viaje en dos autores a priori muy distintos, como son Juan Goytisolo y Maximilian Sebald, pero cuyos cruces y paralelismos se ilustran de manera sólida y convincente al hilo de semejante perspectiva teórica. En lugar de componer un análisis de conjunto en la obra de cada uno, Jorge Carrión va alternando una serie de ejes e ilustrando su relevancia a lo largo de ambos recorridos literarios. Y al plantearse en el ámbito de la literatura, resulta lógico comenzar con unos apuntes acerca de su estilo, o más exactamente de la manera con que Goytisolo y Sebald se enfrentan a su idioma materno, rescatándolo de las perversiones ideológicas que lo han contaminado, en el caso del nacional-catolicismo franquista o de la «lengua de los verdugos»

moldeada por el nacionalsocialismo alemán. Si toda escritura es una búsqueda, la tarea de ambos autores pasa por la reapropiación traumática de un idioma desvirtuado, en un ejercicio de violencia que sin duda resulta más evidente apreciar en el caso de Goytisoló, pero que también se nos muestra en la desposesión lingüística que, siguiendo la *Carta de Lord Chandos*, padecen varios de los protagonistas de Sebald.

El estudio prosigue a continuación con la polaridad de lo que podríamos llamar un espacio del deseo que se contraponen a un espacio de rechazo, en la medida en que ambos circunscriben los recorridos de su escritura. Sabido es que, desde *Campos de Níjar* (1960) o *La Chanca* (1962), la errancia de Goytisoló, a pesar de su prolongado exilio parisino, orienta su horizonte hacia el sur, desde la visión de una provincia almeriense casi desgajada del espacio peninsular, hasta los territorios del Magreb y de la cultura islámica donde se consuma la desposesión del sujeto, como anuncia la voz narrativa en *Reivindicación del Conde Don Julián* («tierra ingrata, entre todas espuria y mezquina, jamás volveré a ti»). Sin embargo, y aunque el mundo musulmán suponga una constante temática en la obra de Goytisoló, sus migraciones abarcan la totalidad del Mare Nostrum, prolongando su recorrido hacia el conflicto de los Balcanes (en *El sitio de los sitios*), Turquía (con *Estambul Otomano* y *Aproximaciones a Gaudí en Capadocia*) o incluso la frontera caucásica (en los reportajes de *Paisajes de guerra con*

Chechenia al fondo donde, como bien apunta Carrión, «Goytisoló se ha alejado –demasiado– del mundo que ha configurado como propio»). Y en todo caso, la fragmentariedad multicultural de las urbes modernas, en particular del territorio parisino del Sentier donde arraiga buena parte de su vida y su obra, también constituye un crisol donde caben todos los viajes posibles.

Por su parte, la obra de Sebald, desde el exilio inglés de su autor, concibe el trayecto hacia el este como horizonte de una historia extraviada y marcada por el exilio de sus víctimas. Sus libros dibujan una «zona muerta en que un anti-mesías transita para rescatar historias que de otro modo permanecerían olvidadas» (87). En comparación con la extensa biografía literaria de Goytisoló, la trayectoria de Sebald, enmarcada por su eclosión tardía y su muerte accidental y prematura, se concentra en la década de los noventa, con cinco obras esenciales entre 1988 y 2001 (*Del natural*, *Vértigo*, *Los emigrados*, *Los anillos de Saturno* y *Austerlitz*) completadas por dos ensayos (*Luftkrieg und Literatur*, que se tradujo al español con el infiel y hermoso título de *Sobre la historia natural de la destrucción*, y *Unheiliche Heimat* o *Pútrida patria*) y una serie de publicaciones póstumas. Ello permite dedicar a cada una de las «novelas», o como se quieran catalogar los relatos sebaldianos (hablar de «travelogue» me parece una buena opción), un análisis más extenso y pormenorizado, y por ende, a pesar de la amplia recepción y éxito que ha tenido en nuestro país, representa

a mi juicio un aporte muy novedoso en el ámbito de la bibliografía sobre Sebald en el ámbito hispánico, tanto por la numerosas fuentes originales que ha podido consultar Carrión (en especial todas las publicaciones universitarias en alemán), como por su capacidad para desentrañar la coherencia del conjunto. En este sentido, si la recuperación epifánica de la historia (o más bien del fino tejido de historias individuales y olvidadas) que nos muestra su obra parecería su eje temático fundamental, Carrión destaca cómo dicha «historia, en Sebald, es espacial y, por tanto, visitable mediante el viaje» (117), inscribiendo las capas del tiempo en la condensación de encuentros y desplazamientos.

Ambas obras conciben por lo tanto su destierro y continuo movimiento desde la oposición radical hacia su lugar de origen, «contra España» en el caso de Goytisolo y «contra Alemania» en lo que respecta a Sebald. De esta forma, el exilio traza un eje que se dibuja por un lado de Norte a Sur, y por otro de Oeste a Este, cuadrando así el círculo de los puntos cardinales. Pero al mismo tiempo, ambos adoptan la posición insoslayable de su idioma de escritura, y es obvio, por ejemplo, que el constante enfrentamiento de Goytisolo con cierta tradición española, frente a la que rescata una genealogía literaria propia, convierten el «elemento de oposición» en «imprescindible», casi en «su razón de ser» (137). Como bien apunta Carrión, la tardía vuelta del escritor a la memoria de la infancia rescata una geografía barcelonesa donde reco-

noce también unas «señas de identidad». Y siguiendo por contrapartida la forma pendular del viaje que Ottmar Ette reconocía como movimiento característico de la posmodernidad, las innumerables figuras de la migración que abundan en el corpus goytisoliano, ya recorridas *in extenso* por Marco Kunz, marcarían ese contrapunto donde se cifra la naturaleza de su viaje «contra-espacial»: «El contra-espacio de Juan Goytisolo, por tanto, es una ampliación de las fronteras españolas, una configuración simbólica que identifica el horror hispánico con el mediterráneo y que busca las herencias sefarditas en el ámbito de la diáspora» (143).

Por su parte, los personajes de Sebald, volcados en un perpetuo desplazamiento, elaboran una reescritura de los espacios transitados, donde se atisban idénticas visiones del horror. Como lo subraya Carrión, «más allá de lo documental [...], estamos ante una acción política: caminar, viajar, por lugares connotados, como ocurría en el surrealismo y en el situacionismo, supone un acto revolucionario» (151). El ejemplo de la ciudad de Manchester, en *Los emigrados*, supone un buen ejemplo de un significado ideológico e histórico por desentrañar en la condensación espacial: las chimeneas del milagro industrial, sostenido por el trabajo y la explotación de la diáspora sefardí, evocan las *otras* chimeneas humeantes de los campos de exterminio donde Aurach vislumbra la pérdida originaria de sus padres. Entre ambas connotaciones identifica el significado de su vida: «that I am here, as they used to say, to serve

under the chimney». En la obra de Sebald, el mesianismo únicamente reconoce una orfandad e invierte de este modo su alcance, contraponiéndose a la redención milenarista del Tercer Reich y circunscribiendo el vacío de un exilio.

En el balance de su último capítulo, titulado «Cambio(s) de siglo», Jorge Carrión recurre a la dimensión política de ambas propuestas para argumentar una modificación de las visiones del viaje en la posmodernidad. Pues si los lugares de la posmodernidad se caracterizan por la fluctuación de un «vacío sin historia», predominio de una representación codificada en la que Baudrillard, en *América*, celebraba el triunfo del simulacro, Goytisolo y Sebald, desde sus respectivas «periferias», pretenden «recuperar el tiempo perdido y [...] concienciar al lector sobre los motivos del naufragio occidental» (157). El libro concluye con una serie de ampliaciones e hipótesis, de «familia textual», como la califica Jorge Carrión, que vuelve a ubicar los recorridos concretos en las ramificaciones del paisaje al que pertenecen. Algo así como una baudelairiana «invitación al viaje» en el umbral de nuestro nuevo siglo, y que nos propone superar esa «animadversión a la figura del turista» para integrarla «en el seno de uno mismo» (168), así como incluir perspectivas intermediales (las referencias al cómic o «novelas gráficas» de Joe Sacco o Guy Delisle me parecen en dicho sentido muy pertinentes), en cuanto formas de «superación del viaje posmoderno» (169).

Por último, no quisiera concluir esta breve reseña sin apuntar, entre otras, dos de las grandes virtudes que nos brinda el presente estudio. Por un lado, puede afirmarse que el rigor académico del análisis se ha despojado de forma muy conveniente de lo que a veces constituye el aspecto más farragoso de la erudición, para centrarse únicamente en sus pistas o huellas esenciales. Ello permite una lectura fluida y en extremo amena, donde por otra parte se adivina ese vínculo entre «práctica» y «teoría» que reivindica Jorge Carrión en su nota final. Nos hallamos ante la reflexión de un viajero y escritor, que otorga al trabajo el horizonte de su experiencia humana y literaria. Un recorrido, en suma, entreverado por la curiosidad, la perplejidad y los encuentros que propicia el viaje, entregado a su continua reescritura.

David Conte Imbert
Universidad Carlos III de Madrid
 david.conte@uc3m.es